

**Hugo ZURUTUZA; Horacio BOTALLA (comp.): *Paganismo y cristianismo*, Rosario, Homo Sapiens, 1995.**

En *Paganismo y cristianismo*, las dos miradas, anticipadas desde el título, se prometen en el "proemio" y se desarrollan y concretan a lo largo de ocho estudios específicos a cargo de especialistas de la UBA, Rosario e ISEDET. Los compiladores Hugo ZURUTUZA y Horacio BOTALLA "introducen" el libro en lo que hemos llamado intencionalmente -según la tradición greco-romana- un PROEMIVN. Y lo hemos considerado así en la medida en que tiene precisamente la virtud de funcionar como tal: es simultáneamente una "captatio" del interés del lector, hábilmente formulada, y, además, el eje vertebrador del texto total de un libro en el que el microanálisis y la generalización teórica sustentan el objetivo explícito de meditar un pasado complejo y "sustanciar" -de conformidad con la declaración de sus autores- el postulado de B. Croce: "toda historia es historia contemporánea". El proemio, entonces, cumple la crucial función de establecer los ejes de la estructuración temática, de precisar una actualización metodológica específica y de definir con precisión un objeto de estudio: la tardoantigüedad, i. e., el período de la historia de Roma, en última instancia, de la futura Europa, aproximadamente desde el siglo IV al siglo IX p. c. Prefigura, en consecuencia, un desarrollo discursivo contrapuntístico, por llamarlo de alguna manera, que el tópico mismo impone. Sin embargo, no se trata simplemente de la antinomia que el título plantea, ni tampoco del hecho de que converjan aquí dos miradas, la del especialista en la antigüedad romana y la del medievalista. Sino que también se trata de responder a la pregunta que nos hemos planteado a lo largo de todo el proceso de lectura: ¿De qué modo lo que se propone en el título se resuelve como espacio de escritura histórica? En otros términos, de qué modo se resuelve para el lector, en este caso para nosotros, la incorporación de los especializados saberes de los autores en nuestro propio saber interesado en la latinidad antigua. En este sentido, -documentación mediante- hemos experimentado un vivo placer filológico que creemos necesario explicitar. Cabe aclarar, sin embargo, que no es nuestra intención aquí pormenorizar arduas disquisiciones filológicas que condicionarían el interés de la lectura, sino más bien de articular -a partir de nuestra perspectiva y de nuestros propios intereses- una serie de reflexiones originadas en el texto.

Los diversos estudios plantean, en cada caso, cronotopos conflictivos, fragmentarios, realizados en una escritura dialéctica. No podría ser de

otro modo en virtud no sólo de los temas tratados sino también de las coordenadas espacio-temporales de las enunciaciones implicadas: precisamente, el discurso citado y el discurso que cita, porque en este texto confluyen las voces de autoridad de los testimonios históricos latinos, las de la crítica historiográfica que se ha consultado y discutido y las voces interpretadoras de los especialistas, ubicados en el siglo XX y, por añadidura en Latinoamérica, para hablarnos de unos espacios y unos momentos que gravitarán significativamente en la comprensión de la Europa pre-moderna. Dicen los autores en el prólogo: "(...) la preocupación por el mundo clásico y el occidente europeo anterior a la Modernidad haría posible aún intereses científicos significativos y reconocimientos de identidades. *Paradójicamente nuestros borgianos destinos sudamericanos ante la perspectiva que provee la distancia, parecen revestir cierta ventaja a la hora de hurgar en el pasado del espacio europeo en el que hunde sus raíces (...)*". Lo que nos recuerda una reflexión análoga en una autoridad de la romanística europea; se trata de Erich Auerbach, quien, precisamente, en términos de objetividad justifica la romanística alemana en la medida en que "su objeto no es el propio espíritu nacional" y no sucumbe entonces tan fácilmente a la tentación de encerrarse, patriótica y sentimentalmente, en la esencia del propio pueblo<sup>1</sup>. Es ciertamente esta legitimación científica -podríamos agregar este "distanciamiento" propicio- lo que deseáramos destacar como gravitante desde la posición de "nuestros borgianos destinos sudamericanos" en el tratamiento de un tópico tal: la recuperación crítica y, por lo tanto, objetivada de un acontecer histórico significativo, el de la transformación del espacio romano en espacio romano-cristiano, desde Africa, España y Galia hasta Bizancio-Constantinopla. Lo cual, concomitantemente, implica la transformación del imaginario romano desde las filosofías subyacentes (epicureísmo, estoicismo, neopitagorismo, neoplatonismo, entre otras) hasta la tradición judeo cristiana y la palabra evangélica vertida del griego al latín en un primer momento y, luego, a las lenguas europeas modernas todas.

En este punto, creemos necesario formular una pregunta que se nos ocurre ineludible: ¿Cómo satisface un trabajo de investigación el requisito de dar cuenta de lo específico, de interpretar y presentar un proceso de transformación, decisivo para la posteridad, de modo tal que su gravitación sea evidente para el lego en sentido estrecho, i. e., para aquél que es especialista en otra disciplina? ¿Cómo a partir de la documentación que siempre habla a media voz, se esboza la continuidad y se estudia la ruptura de modo

<sup>1</sup> E. AUERBACH: *Lenguaje literario y público en la baja latinidad y en la Edad Media*, Barcelona, 1969, p. 9.

tal que ambas sean ampliamente significantes? Pero, además, ¿De qué modo la interdisciplinalidad permite saltar de un enunciado del tipo *ab urbe condita*, por ejemplo, "600-700 de la fundación de Roma" -para mencionar una fecha arbitraria- a otro que enmarca el acontecer histórico en términos de *post Christum*. Sabemos que no son meramente formas alternativas de referencia temporal. Ambos enunciados implican -nuevamente- "dos miradas", dos sistemas de supuestos, dos formas de ver el objeto de estudio, dos escrituras no correferenciales. Este es precisamente el juego de una constante relatividad: la mirada desde Roma y la mirada desde el presente histórico del cristianismo. Pero además, como contrapartida, ambas son concebidas y analizadas desde nuestra perspectiva histórica de un siglo XX sudamericano. Los autores deben traducir y dar cuenta en su traducción de la significación de esas miradas. Y lo hacen, a nuestro entender, cabalmente a partir de los documentos latinos.

En el mismo sentido, entendemos que no es posible estudiar los testimonios escritos de un período determinado, si no se intenta dar respuestas -aunque sean parciales- a determinados interrogantes que permitan esbozar hipótesis, hipótesis que también interesarán al lego o al estudioso de otra especialidad. Se trata de preguntas tales como ¿Qué es el hombre en ese entonces? ¿Qué lo afecta? ¿En qué cree?, pero también ¿Cómo se comunica? ¿Qué saberes tiene? ¿En qué mundo cotidiano vive? Tenemos, entonces, los documentos oficiales, la voz oficial y autorizada. Esta siempre será monocorde, unilateral -como nos dice Bajtín- monolingüe. Pero también por Bajtín sabemos que en todo discurso se filtra el plurilingüismo. En el monocorde discurso oficial se filtra el plurilingüismo por lo que se niega, por lo que se omite o por lo que se combate por medio de la palabra. En todo caso, es posible escuchar, como asordina por la voz de la "autoridad", "alteram vocem", una segunda voz, la otra voz.

En este libro la interpretación de las fuentes y los estudios de caso permiten esbozar algunas líneas de continuidad y espacios de ruptura como para insinuar la comprensión de lo que ha cambiado para el hombre romano/cristiano. En lo individual, entre otras cosas, su postura ante la muerte que pretende cambiar el cristianismo<sup>2</sup> al considerar "paganos" ritos funerarios que le vienen al hombre histórico romano como al griego, al celta y al germano, como al eslavo y al hindú, del más remoto trasfondo indoeuropeo y que se prolongarán, precisamente en los *paganí* y en los *illitterati* aun más allá de la más tardía Edad Media en el sincretismo religioso, vestigio de continuidad y de ruptura. En lo que trasciende a lo individual, perci-

<sup>2</sup> Cf. Diana R. ROCCO TEDESCO: "La muerte y sus rituales en el Africa cristiana", p. 70.

bimos el ascenso a la unicidad doctrinaria, la conquista del espacio de poder, de los saberes, de la riqueza y del predominio político. El itinerario ha sido trazado por la República romana y luego consolidado por la Roma imperial. La ortodoxia romano-cristiana ha aprendido la ruta y aprovecha el espacio constituido. Una continuidad conflictiva pasa el poder de manos senatoriales a manos obispaes, de "litterati" paganos a "litterati" que ahora son cristianos. Comprobamos, una vez más, la gravitación de la palabra escrita, resementizados los términos latinos y revitalizada la antigua retórica en la polémica imposición de la unicidad del verbo divino<sup>3</sup>: Agustín contra Cicerón aunque utilizándolo<sup>4</sup>. Vemos a la naturaleza, de la que hablaron Lucrecio y Virgilio, ciertamente desde perspectivas diferentes, espiritualizada ahora por Ambrosio de Milán como fuente de generosidad ecuménica de la que los "potentiores" actuales hacen usurpación<sup>5</sup> como antes los "potentiores" del orden senatorial. Persiste, sin embargo, la antigua línea fundada en GEÓRGICAS de una IVSTISSIMA TELLVS como paradigma antitético y neutralizador de la "cupiditas luxus". La antigua oposición sociolingüística entre *urbanitas* -en definitiva *latinitas/romanitas*- y *rusticitas* se totaliza<sup>6</sup> ahora, quizás exacerbada por el fervor religioso, pero además alterada por la introducción de la nueva dimensión: la *christianitas*, operadora de nuevas instancias diferenciadoras.

En cada uno de estos aspectos, de estas zonas de pensamientos y de creencias, como en muchísimos otros, se van definiendo en la lectura de *Paganismo y cristianismo* áreas de interpretación y de discusión rigurosamente acompañadas de las citas de las fuentes documentales. A través de estos estudios podemos recorrer el proceso histórico de los siglos IV al IX que nos traslada, mediante los textos iniciales y las voces interpretadoras, desde la Roma antigua a la Romanidad cristiana. La antinomia oculta, ciertamente, una dialéctica compleja que se resuelve en un discurso plurilingüe de relectura, análisis y discusión de la historiografía en torno a la nueva "palabra-verdad", consagrada única y divina, evangélica y que no puede ser objetada porque ha accedido a la oficialidad durante ese proceso que llamamos la tardoantigüedad.

<sup>3</sup> Cf. Horacio L. BOTALLA: "Historiografía cristiana y poder bárbaro. Víctor Vitense y el África vándala", pp. 85 y ss.

<sup>4</sup> E. AUERBACH: op. cit. pp. 36 y ss.

<sup>5</sup> Cf. Alejandro ZORZIN: "La Percepción de los Mecanismos de Explotación Económica en los Textos de Basilio de Cesarea y Ambrosio de Milán", pp. 33 y ss.

<sup>6</sup> Cf. Hugo A. ZURUTUZA: "Paganismo y cristianismo. Revisitando las culturas campesinas en la Galia de los siglos V y VII", pp. 111 y ss.

La lectura de *Paganismo y cristianismo* ha descentrado nuestra focalización acostumbrada en *Roma* para obligarnos a mirarla desde ese otro lugar o, más bien, desde esos otros muchos lugares que nos propone.

Al cabo de unos siglos, alrededor del 1.300 en Florencia, Dante dirá que el amor de los héroes romanos por su patria era sobrehumano y estaba inspirado por Dios. Quizás podamos evaluar esta afirmación como un anacronismo poético. Pero rastrear en Dante la idea de Roma probablemente sea encontrar una concepción profunda del acaecer histórico en un imaginario condicionado, como todos, temporalmente. Roma es significativa para Dante, entre otras cosas, porque para él los romanos no son sólo el pueblo elegido entre los gentiles, sino también porque Roma es la nueva Jerusalén terrenal. En una de sus EPISTOLAS LATINAS (11, 1) utiliza para Roma, ciudad degradada y abandonada por el emperador, la fórmula con que Jeremías describe a Jerusalén al comienzo de sus lamentaciones: ha llegado a ser como una viuda la que era grande entre las naciones. La intertextualidad apuntada, el desplazamiento del enunciado opera una suerte de identidad simbólica entre las dos ciudades. En la Edad Media se otorga frecuentemente a Jerusalén el significado de "visión de paz", de paz celestial. Como para otros antes que él, para Dante la paz temporal de Augusto se orienta en la misma dirección. Esta idea de Dante sobre Roma recoge quizás un aspecto importante de las concepciones medievales anteriores en lo que para Charles Davis es "una ordenada y notablemente extensa teología de la historia"<sup>7</sup> Pero en el libro que nos ocupa, *Paganismo y cristianismo* todavía no hemos llegado a ese momento de síntesis conciliadora, aunque ciertamente se insinúan ya los constituyentes básicos que integrarán la compleja imagen histórica que encontramos en el escritor florentino.

*María Isabel López Olano*  
*U.N. del Comahue*

<sup>7</sup> Ch. DAVIS: "La Edad Media". En R. JENKINS (ed.): *El legado de Roma*, Barcelona, Crítica, 1995.